

Domingo XIV del Tiempo Ordinario (06-07-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas

Retomamos nuestra lectura del Evangelio de Lucas en este año, que es el Año de Jesucristo 2025, año de Jubileo. Y este Evangelio que comenzó con el anuncio de Jesús del Año de Gracia del Señor al inicio, en la sinagoga de Nazareth, tiene un correlato en el envío que hace de sus discípulos a anunciar el Evangelio. Y es un envío muy interesante porque, en realidad nos propone a todos como partícipes de ese anuncio, de esa misión; porque, cuando se usa en el nuevo testamento el número 72, que es un múltiplo de 12, y 12 a su vez, son el total de las 12 tribus de Israel y la totalidad de los 12 apóstoles, se está haciendo referencia a la totalidad de los meses del año (que son 12). Los números 12 y 7 significan totalidad. Y, por lo tanto, este envío de los 72 es a todos nosotros , absolutamente a todos, como le encantaba decir al Papa Francisco: todos, todos, todas, todas, nadie esta excluido.

En ese camino, debemos sentirnos hoy día todos implicados como una misión, porque tenemos a veces la imagen de que la fe cristiana induce solamente a santificar el alma y a que se salve cada uno individualmente; se

viene a misa, se comulga, se golpea el pecho y después puede vivir como sea, pero ya el alma “se salvó” porque se comulgó. Es cierto que la Eucaristía es solo el alimento del alma, pero no es así, el alma como principio dinamizador, es la dinamizadora del cuerpo; por ello también tiene que haber para nosotros una acción, una realización del amor de Dios a través de gestos concretos como seres humanos corporales.

Hoy, el Señor en el Evangelio (Lucas 10, 1-12. 17-20) les pone elementos que podríamos comentarlos y que vienen muy bien porque aquí hay una dimensión evangelizadora que tiene que ver con la enseñanza (lo digo también por el día del maestro). Esta dimensión educadora nos dice que no se enseña imponiendo, sino que se suscita una educación sobre un valor grande, que, en este caso, es la cercanía de Dios en nuestra historia y la posibilidad de que ya el Reino de Dios lo vivamos acá, a través de relaciones de verdadero amor.

En ese sentido, lo primero que les dice a los discipulos es que *la mies es abundante*, o sea, la cosecha es enorme y *los obreros son pocos*, llamando a esos 72 a que intervengan porque se necesita ampliar el radio de acción evangelizadora en todos los que creemos. Y entonces los envía en camino: *“pónganse en camino, miren que los mando como corderos en medio de lobos”*. Y aquí hay algo

muy importante que tiene que ver con el tiempo de Jesús, con nuestro tiempo y con el tiempo que se señala en la primera lectura de Isaías (66,10-14c): los tiempos difíciles, duros, los tiempos oscuros, los tiempos terribles, de crisis. Son los tiempos en donde, especialmente, se acentúa la necesidad de anunciar el Evangelio, de ser misioneros todos para contrarrestar los peligros de la pérdida de nuestra humanidad.

Y, por eso, el Evangelio ha sido escrito con un conocimiento muy profundo por parte de Dios de cómo somos los humanos, para poder hacer que Jesús, viviendo en una época tremenda como fue ese tránsito del Imperio Romano que, finalmente, terminó prácticamente con Israel y tuvieron que salir todos peregrinos, porque se acabó toda la organización de la experiencia religiosa de Israel. Dios sabe cómo somos los humanos y ha previsto que, en cada situación difícil, podamos nosotros actualizar y vivir este texto. Sobre todo, hoy, que vivimos en una situación de declive en el mundo, una crisis total en donde ya se habla de una recesión en Estados Unidos, la gente está yendo a asaltar las tiendas, hay una situación muy compleja en todo el mundo, las guerras continúan y esperamos no llegar a la Tercera Guerra Mundial.

Eso dependerá de nosotros. Y en esa situación difícil, igualmente estamos yendo en camino *como corderos en*

medio de lobos. Y, para eso, entonces, se necesita algo muy simple: no es cuestión de hacer una gran guerra para poder “calmar a todos”, como se ha hecho en estos días, pero ha sido peor. Se necesita aprender a ponerse de acuerdo, aprender a construir la paz desde lo más elemental, desde las casas, desde la vida de la gente, desde los barrios, desde la organización del pueblo sencillo.

“No lleven talega, ni alforja, ni sandalias. No se detengan a saludar a nadie en el camino”. Es un llamado a no distraernos en el camino, a concentrarnos en que tenemos que anunciar y construir, el Reino aquí, porque ya hay signos del Reino, que es un don, que hay que levantar, que hay que alentar. Eso, en el fondo, es una misión de aliento. Pero, para eso, tenemos que vivir también ese Reino nosotros como lo vivía Jesús.

El texto dice que el Señor los envía a los lugares en donde Él iba a ir, como una especie de presencia de Jesús posterior, para profundizar lo que ellos ya han ido logrando. ¿Con qué signos? Curando a la gente, comiendo con ellos lo que tienen, comportándose como personas de igual a igual con los demás. Es bien interesante cómo a veces pensamos que ser católico es una “sobradera”. “Yo soy católico y los demás son unos pecadores”, se suele pensar.

El católico, el cristiano, se identifica con las personas como son, come lo que le ponen, establece lazos directos, cura a la gente, acompaña incluso a los pecadores. Y eso es una de las cosas que más necesita el mundo actual: la compañía de una Iglesia que se hace con la gente y, por eso, abre posibilidades de construir la paz porque, al venir de Jesús, entiende al ser humano tan bien como lo entiende Dios.

Y no es extraño que hayamos elegido, por obra del Espíritu Santo, a Monseñor Prevost, al Papa León, que es un lindo *cachorrito*, porque es totalmente pacífico y buena gente y Chiclayo, por eso, lo tiene en el corazón, porque era muy cercano. Todos podemos ser cercanos, hermanos y hermanas; todos podemos traer la paz, todos podemos suscitar la paz que ya existe en la búsqueda de las personas y en algunas experiencias también de las personas y los pueblos.

Los “equipos docentes”, por ejemplo, son una muestra de paz, porque ellos son profesores que, además de trabajar en sus cosas, se reúnen como comunidad cristiana a leer el Evangelio y animarse en su enseñanza para poder enseñar mejor, y reflexionan juntos sobre cómo mejorar para ayudar a los alumnos. Es diferente al caso del profesor individual que hace su clase, se va a su casa y se acabó.

Es necesario crear comunidades entre nosotros para favorecer la suscitación del Espíritu del Señor. Miren ustedes, los manda de dos en dos, por lo menos...como amigos. No los manda individualmente, los manda como comunidad. Por eso, en la Iglesia de Lima estamos haciendo las Asambleas Sinodales Parroquiales en estos días, que han sido muy exitosas y todavía quedan varias. Somos 129 parroquias en toda la ciudad, y la gente se ha apuntado en cada asamblea, en una 600, en otras 300. Y debatimos ¿qué cosa? cómo mejorar nuestra Iglesia hoy día para servir a nuestro pueblo y para anunciar al Señor, para que así sea fuente de aliento.

Y, por eso, agradecemos también la venida del coro de Parroquia San Juan Bautista de Amancaes, porque cuando uno va a Amancaes, se llena de alegría porque todo el mundo canta, todos son partícipes en medio de un pueblo muy sencillo y pobre, pero muy digno, muy esperanzado, muy lleno de vida.

Yo tengo especial cariño por esta parroquia porque allí me regalaron las primeras hostias sin consagrar, por parte de un tío mío que era obispo auxiliar. Yo tenía tres años y, a partir de ahí, empecé a jugar a la misa, como lo hacía Monseñor Prevost, igual que León XIV, que también de chiquito jugaba a la misa.

Ayer nos hemos reunido con todos los acólitos de dos decanatos que son así como nosotros cuando éramos niños, jugábamos a la misa; pero no para encerrarnos en la iglesia y separarnos del mundo. Acólito es “*akeleuthos*”, que significa “en camino”, el que acompaña en camino al Señor, y lo acompaña en todo su camino que desemboca en la última cena, la Eucaristía, después en la Cruz y, finalmente, en la Resurrección que conduce a Jesús a dar el Espíritu a la Iglesia para alentar al mundo. Es muy importante porque, a veces tenemos esa concepción de que la fe solamente es venir a la iglesia, rezar un poquito y ya. Cuando eso pasa, uno sale igualito a como entró, sin cambio, sin conversión, y por eso se vuelve cerrado, conservador, intransigente, solitario.

Hermanos y hermanas, la Eucaristía es para salir distintos, para salir como Jesús, saboreando y sabiendo a Jesús. Cuando uno comulga, uno adquiere la “sazón” de Jesús y tiene que salir “sazonadito”, con todo lo que nos ha dado la comunión para anunciar el Evangelio. Si nos lo guardamos, entonces nos “secamos” igual y uno se “apolilla” como todo lo que se guarda, se “honguea”. En cambio, si salimos, es una salida muy bonita porque es penetrante, relacionadora, compartimos con la gente, comemos con ellos, nos ponemos al servicio de ellos. No salimos para buscar

relaciones y prestigios, sino para curar a los enfermos y estar cerca.

El evangelio de hoy también dice que: “*si alguien no les hace caso, se sacudan el polvo de los pies*”. Eso ha sido interpretado como una especie de desprecio, pero, en realidad, es un signo de libertad. La fe no se impone, se propone. Por lo tanto, si alguien no quiere recibirnos, correcto, pero eso sí les decimos: “está cerca el Reino de Dios”.

Esto es muy fuerte porque, a veces, pensamos que la frase siguiente de Jesús, que dice: “*Sodoma va a estar más feliz que ustedes*”, es una amenaza, pero no lo es, es una descripción de lo que pasa cuando no se recibe el Reino, no porque Dios quiera destruirnos, sino porque es una autodestrucción. Es como cuando uno le advierte al niño y se porta mal, y después se siente mal porque se rompen todas las relaciones, entonces, tiene que educarlo uno tranquilamente, para que no le vaya mal.

Hoy día tengamos la capacidad de acoger esta dimensión misionera de nuestras vidas y, sobre todo, pensar que, cuando ocurre un cambio en las personas por obra de esta relación, como la Iglesia latina ahora, una Iglesia más abierta, más cercana, que el Papa Francisco ha retomado desde el Vaticano II, tengamos la capacidad también de ver

que no debemos, por eso, sentir que tenemos mucho poder. Uno de los problemas más serios de la Iglesia en latinoamerica y en el Peru es que, como hay una gran mayoría de cristianos, a los pocos curas que existimos nos adoran; entonces, después los sacerdotes nos creemos la “divina pomada” y les cobramos lo que sea, sometemos a la gente y la maltratamos. Ese pecado existe en la Iglesia, y muchos grupos católicos piensan así: que somos “poderosos”, pero lo que somos, en realidad, es servidores. Si hay algún poder, es el servicio.

Y, para eso, entonces, así como *Jesús ve caer a Satanás desde el cielo*, también les dice a sus discípulos: que no estén alegres porque sean muy poderosos, sino “*porque sus nombres estén escritos en el cielo*”. Sepan que están viviendo hoy el Reino de Dios que esperamos y tienen que vivir como tal, les pide no interpreten el amor como poder, sino como fuerza inagotable de esperanza. Esa es nuestra tarea, esa es la tarea también de todos los hermanos maestros que han venido hoy día, y de todos los que somos maestros, en cierto modo, de una u otra forma: reconocer en las personas la fuerza y la capacidad de ellos mismos para encontrar un camino nuevo, y generar en ellos el aliento que viene de Dios para actuar de acuerdo a ella. No imponer el conocimiento, sino suscitar las potencialidades, las bellezas, las grandezas humanas y

espirituales que cada uno de los muchachos, los alumnos, las personas a las cuales les enseñamos tienen para vivir.

Que Dios los bendiga, los acompañe a todos, y feliz Día del Maestro, feliz día a las obstetras que han venido hoy día.

Amén